

La venganza de la señorita Trevélez y El hombre risa

de Javier Maqua

Fermin Cabal

La venganza de la señorita
Trevélez y El hombre risa

de
Javier Maqua

Edita
KRK EDICIONES
Oviedo, 2009

Nacido en Madrid en 1945, Javier Maqua es un escritor prolífico, que ha tocado muy dispares palos y siempre con gran dignidad profesional. Quizá su labor en la radio pública (formó parte del grupo fundador de Radio Tres) haya sido la que le ha proporcionado mayores satisfacciones, pero no es de despreciar su esfuerzo como crítico cinematográfico formando parte del colectivo Marta Hernández en los años de la transición política, ni tampoco su labor como escritor de novelas (*Percy en Oceanía*, *Uso de razón*, *Amor africano*), o como director de cine de ficción (*Chevrolet*, *Carne de gallina*), o sus entregas televisivas (*Vivir cada día*, o la miniserie *Lord Paco*) o sus documentales (*Avilés*, *el cadáver del tiempo* o *Apuntarse a un bombardeo*). Pero lo que hoy nos ocupa es su trayectoria como autor dramático, larga ya y seguramente menos conocida.

Por su edad y por sus afinidades electivas, pertenece Maqua a la generación del Teatro Independiente, una generación sin maestros, afectada por la ruptura generacional de los sesenta, y con propensión al engreimiento y a la mirada umbilical. Y quizá el autor peque, como pecamos tantos otros, de esos defectillos. Yo creo reconocer en su escritura ciertos tics brechtianos, y por supuesto la pía intención de explicar el mundo, tarea ímproba que suele provocar trastornos digestivos y cierta acritud de carácter. Pero en Javier Maqua hay algo que le pone a salvo de la migraña crónica: su sentido del humor.

Aristóteles describía al hombre como «el animal que ríe», y nuestro dramaturgo pertenece sin discusión a esa especie. Claro que esa risa no puede ser la risa directa y restauradora de la inocencia. Mucho pedir sería eso para un hombre que ha transitado por Marx y Freud de la mano de Althusser y Lacan. Su mirada ya no puede contemplar serenamente un mundo tosco

y contingente, poblado de gentecilla que nunca da la talla y que suele olvidar el desodorante. Maqua afina siempre el olfato y su verso tiende a discrepar, a denunciar, a condenar y finalmente a rezar el memento por la humanidad doliente. Pero este viejo cascarrabias tiene algo auténtico y el dolor que siente por este mundo y sus habitantes nace de un sentimiento originario de piedad que, por más descarriado que pueda llegar a ser, sigue siendo sincero.

Las dos obras que publica hoy en la editorial asturiana KRK Ediciones, *El hombre risa*, subtitulada *Sátira fáustica y Melodrama de humildes*, y *La venganza de la señorita Trevélez*, subtitulada como *Papel de lija*, son, me parece, buen ejemplo de lo que se trae entre manos. Se suman a una ya larga lista de textos en los que destacan *Triste animal* (accésit del Premio Lope de Vega), *La soledad del guardaespaldas* (su obra más conocida, que mereció un montaje en el CNNTT de la mano de Guillermo Heras hace ya casi veinte años), *El banquero anarquista* (sobre un cuento de Pessoa), *Off Hamlet*, *Coches abandonados* (que pasó después al cine), *El cuerpo de Ignacio de Loyola*, *Caput mortuum*, *Dice y digo se miran el ombligo* e incluso, atrevido como es él, un *Franco*, que permanece virgen.

En *El hombre risa* utiliza Maqua el mito fáustico para mostrar las tribulaciones del incauto Barth, que vende su alma, la risa, a una satánica cadena de TV que le hará sufrir lo que no está en los escritos. La obra propone un desafío actoral que no está al alcance de cualquiera y que seguramente echará atrás a muchos: el actor que interprete a Barth ha de tener una risa contagiosa e irrefrenable, y si no la tiene, la obra perderá toda credibilidad. Pero ¿y si lo consigue? Pues entonces nos vamos a partir de la risa. Las situaciones son ciertamente ingeniosas y la acción progresa hacia el delirio mientras el protagonista y su compañera acceden a la

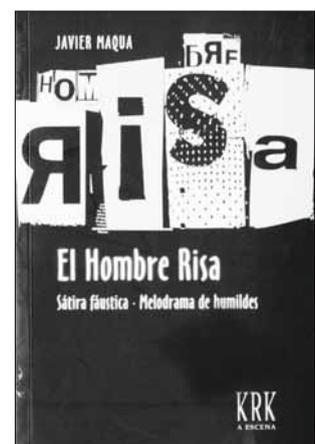
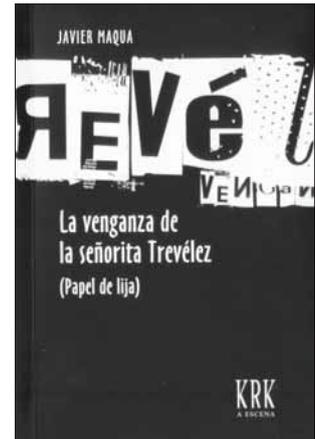
anagnórisis: «Soy un profesional, conozco los resortes, me río cuando debo y como debo, pero no disfruto. Reír por contrato es una cruz. Las risas se me están agotando; todavía quedan algunas, pero se están agotando». Y es que hacer tratos con el diablo, o con la TV, no sale barato. Maqua parece saber de qué está hablando.

La venganza de la señorita Trevélez es pieza abiertamente metaficcional, muy al gusto de los eruditos del día. Parte de la conocida pieza de Arniches, pero invertida como si se le hubiera dado la vuelta a un calcetín. Maqua lo explica así en el prólogo: en la tragicomedia de Arniches el autor «se detenía» al aparecer el sentimiento piadoso del ridículo. El hermano de la víctima escarnizada, Don Gonzalo, sentenciaba: «no han vacilado en amargar con el ridículo el fracaso de una vida», y añadía: «No quiero más venganza sino que Dios, como castigo, llene de este dolor mío el alma de todos los burladores». Pero el tiempo ha pasado y Maqua, «otro autor», no quiere «detenerse» ahí. No le basta la catársis a través de la piedad, sino que apela al otro sentimiento que menciona el estagirita en sus comentarios a la tragedia: el horror. Y por eso propone (cito textualmente): «Ter-giverseemos. Quedémonos en la tragedia; no demos paso al ridículo».

Y ciertamente, Javier consigue su propósito: la nueva pieza, deconstruida, ya no tiene ni puta gracia y en su lugar aparece una ebullición de gusanos carroñeros. La pobre Florita es ahora una vieja chiflada, rencorosa, que utiliza a su criada, una zorrilla

estúpida y astuta a la vez, para atraer al idiota de Galán. Y el brioso Don Gonzalo, que ahora asciende de padre a hermano de la víctima, se transmuta en un viejo chocho que babea exigiendo el papeo, y que tiene que ser amordazado por la fámula mientras se desarrolla la ceremonial lectura de la página de sucesos en la que se nos informa cómo ha sido hallado en una marisma el cadáver de Pablo Picabea, decapitado, torturado, con el rostro quemado por el ácido sulfúrico, el occipital destrozado a martillazos y en la boca sus partes pudendas. «Sus cojones», aclara Florita. Todo un adelanto de lo que le ocurrirá a Galán tras la escena final, cuando por fin entra al trapo de las dos furias y tras haber probado las mieles de la criada («Soy una cerda abierta colgada de unos ganchos, ¿verdad? Su cerda. Es su sueño, ¿a que lo he adivinado? Soy la cerda más hermosa de todas las cerdas que cuelgan de los ganchos del matadero. Respire») cae en manos, y en boca, de la otrora desdichada solterona, que saca de la pecadora bragueta los genitales del seductor y anuncia: «No te muevas, no tengas miedo. Deja que la sienta entre mis manos. ¿No son suaves? Serás mi unicornio y yo seré tu virgen. Me adentraré en la selva donde paces y yo te haré mi esclavo. Ea, amor mío, ea. Acariciaré tu cuerno sobre mi regazo y perderás tu fiereza hasta quedarte dormido. Ea, amor mío, ea, duerme, todo ha terminado, es mi boca caliente, son mis dientes afilados...».

Brebaje amargo para hombres fuertes. Pero tiene su punto. ■



COLECCION LAS PUERTAS DEL DRAMA

Encuadernar sus revistas utilizando las grapas omega

